Podemos resumir: Primero, cuando Jesús habla de la venida del Reino o su venida, no siempre se refiere a la parusía, puede referirse a otras manifestaciones de poder divino, p.e., la destrucción de Jerusalén, la resurrección, la transfiguración o Pentecostés.

> Un lenguaje como este también indica que su venida sería, en algunos sentidos inminente. En estos pasajes Jesús pudo haberse referido a su transformación, pues después de que ha dicho esto, los tres evangelios Sinópticos hablan de la transfiguración (2 Pedro 1:16). De manera que es evidente que, cuando en los evangelios se habla de su venida, no siempre se trata de su venida para el juicio final. El Evangelio de Juan convierte el regreso del Señor después de la resurrección, en una venida para sus discípulos (Jn. 16:16 y siguientes; compárese Mateo 18:20; 28:20). . . .
>
> De esto inferimos que la resurrección de Jesucristo, la venida del Espíritu Santo, las grandes crisis históricas son todas advenimientos del Señor y pasos en la venida de su reino. Inferimos también, que ha de haber una venida final (presencia o manifestación) de Jesús para juicio y la consumación de la época. Algunas de estas, o todas ellas, serán su venida, y sus discípulos debieran estar dispuestos para recibirle en cualquier tiempo.[1]

Esta explicación, y todas las que se puedan dar, son intentos de explicar estos pasajes. Son explicaciones exegéticamente difíciles que siempre habrán de ser parciales. Por lo tanto, lo más acertado será estudiar dichos pasajes, en el contexto de toda la enseñanza del NT.

3 Parábolas del Reino

En las parábolas del Reino podemos obtener gran ayuda para comprender la enseñanza total de Jesús acerca de la venida de su Reino, la parusía.

---

1 Conner, op. cit., pp. 93s.

Hay una serie de parábolas que podríamos llamar las parábolas de crecimiento. En estas parábolas, la de la semilla de mostaza (Mt. 13:31; Mr. 4:30-32; Lc. 13:18,19), de la levadura (Mt. 13:33; Mr. 13:20) y la del trigo y la cizaña (Mt. 13:24-30), se presenta claramente el proceso de desarrollo que debe suceder para que el reino, que ha comenzado como algo insignificante, llegue a ser una fuerza poderosa, capaz de influenciar a todo lo que le rodea. En la parábola del trigo y la cizaña se habla especialmente de los esfuerzos y problemas en que se ve envuelto el crecimiento.

En relación con la parábola del grano que por sí mismo crece y se multiplica y madura con el tiempo (Mr. 4:26-29) el escritor Lagrange apunta lo siguiente:

> ¿Qué sucede en la agricultura? El agricultor siembra su grano en la tierra buena y espera el tiempo de la cosecha. Sus esfuerzos por darle prisa a madurar serán vanos. El grano se desarrollará por sí mismo y para esto sólo tiempo es lo se necesita; pero el tiempo es condición necesaria. La cosecha, esperanza del labrador, no fallará.[1]

> Si el reino está llamado a crecer, esto supone que debe contar con el tiempo. Cierto que en un sentido se han cumplido los tiempos y el reino está presente; desde Juan Bautista está abierta la era del reino (Mt. 11:12s.); el tiempo de las nupcias (Mr. 2:19; Jn. 2:1-11) y la de la siega (Mt. 9:37ss. p. cf. Jn. 4:35). Pero las parábolas del crecimiento (la semilla, el grano de mostaza, la levadura, la cizaña y el buen grano, la pesca cf. Mt. 13) dejan entrever un espacio entre la inauguración histórica del reino y su realización perfecta.[2]

Bultmann dice que el énfasis de estas parábolas no está en el proceso del crecimiento sino en la comparación entre lo pequeño del desarrollo del reino y su desarrollo final.

---

[1] José María Lagrange, El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, p. 140.

[2] Xavier León-Dufour, Vocabulario de Teología Bíblica, p. 678.

> Neither do the parables of the mustard-seed of the leaven (Mk. 4:30 or Mt. 13:31f. par.) tell of a gradual development of the "Kingdom of God" in history. Their point in the contrast between the minuteness of its beginning and the magnitude of its completion; they do not intend to give instruction about the process which leads from beginning to completion.[1]

Con este punto de vista Bultmann quiere quitar el aspecto del intervalo entre el inicio del reino y la consumación. Si bien es cierto que el tiempo no es el énfasis principal en estas parábolas, tampoco podemos eliminar de ellas el intervalo necesario en el mismo proceso. El tiempo ès inherente al crecimiento.[2]

En la parábola de las diez vírgenes (Mt. 25:1-13) el Señor enseña la necesidad de estar preparados, pues la venida del esposo no es conocida y es posible que se haga esperar.[3] Al finalizar esta parábola se recalca la incertidumbre de la parusía con el imperativo ¡Velad! (γρεγορεῖτε οὖν) porque no sabéis el día ni la hora (25:13).

Según Marshall, para Bultmann, esta parábola es pura alegoría construída por la iglesia primitiva. Pero hay otros como Jeremías, que han demostrado la autenticidad de esta parábola.[4]

> El fracaso de las vírgenes fatuas está en su no reconocimiento (o tenido en cuenta) de la tardanza - de otro modo ellas podrían haber tomado más aceite con ellas; una cierta tardanza es aceptada como inevitable, como es evidenciado por el tranquilo sueño de ambos grupos de vírgenes, y que el punto real de la parábola no es anunciar la próxima boda sino preguntar quién tomará parte en ella.[5] **(Traducción Propia)**.

---

[1] Bultmann, Mythology, p. 8.

[2] I. H. Marshall, Eschatology and the Parables, p. 28.

[3] Ibid., p. 40. [4] Ibid., p. 41. [5] Ibid.

La parábola enseña la tardanza, que puede ser más larga de lo esperado, por lo tanto, se recalca la necesidad de perdurar hasta el fin.

La parábola de las diez minas, la dice el Señor con el propósito de quitar de la mente de sus discípulos la idea de que el reino de Dios se había de manifestar inmediatamente. Esta parábola la encontramos en Lc. 19:11ss. y es dicha por el siguiente motivo: "Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente". En esta parábola, y su paralela de los talentos (Mt. 25:19), el Señor tarda en venir.

> Sería forzar el sentido de todos estos textos, si, en su interpretación, se quisiera prescindir en absoluto de la idea de la parusía, y se les estudiase simplemente como exhortación a permanecer en vela durante la vida terrena de Jesús, hasta que se se produjera la catástrofe de su muerte.[1]

Estas parábolas, lo mismo que las del siervo vigilante y el ladrón que se encuentra en Lc. 12:3-48 par., fueron entendidas desde muy temprano como referidas a la parusía.[1]

Al final del estudio hecho por Marshall de las parábolas encontramos las siguientes conclusiones que vale la pena notar.

Las parábolas deben interpretarse individualmente buscando su sentido natural y la armonía con la enseñanza total de Jesús. "Ellos debían permanecer fieles durante el intervalo antes de la parusía. . . Y estar vigilando para la venida del Hijo del Hombre".[2]

---

[1] Marshall, op.cit., p. 36. [2] Ibid., p. 47.

Las Epístolas

En las epístolas encontramos también presente la esperanza de la parusía. Estos escritos se refieren constantemente a la venida del Señor. El fin de los tiempos ha llegado (1 Co. 10:11; 1 P. 4:7). Ahora la salvación está más cerca que cuando creyeron (Ro. 13:11). El Señor está cerca. El Señor no tardará (Hch. 10:37). El día se acerca (He. 10:25). Pensando en esto, se insta a los creyentes a estar firmes en la esperanza y vivir sobriamente esperando la venida del Señor.

Sin embargo, cuando se habla del momento de la segunda venida de Cristo los apóstoles confiesan su ignorancia. En la primera carta a los Tesalonicenses, San Pablo escribe sobre la venida del Señor. El motivo es la preocupación que tenían los hermanos por los que habían muerto. Los tesalonicenses temían que los que habían muerto saldrían perjudicados en relacion con los que aún vivieran en el día de la parusía. San Pablo dice que no deben preocuparse.

> Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Ts. 4:16,17).

Aunque podemos ver en este pasaje la esperanza de la parusía, no podemos decir que San Pablo enseñara aquí que él viviría durante este tiempo. San Pablo habla de una esperanza que él sustenta, pero no es esta una enseñanza doctrinal, que diga que él creía que la parusía sería en su vida. Más adelante el apóstol les escribe recor-

dándoles la enseñanza de Mt. 24:43, que dice: "el Señor vendrá como ladrón en la noche", y les insta a no dormir sino velar y estar sobrios (5:6).

En la segunda epístola a los Tesalonicenses, San Pablo escribe de nuevo sobre la parusía. En esta ocasión exhorta a los hermanos a no ser movidos a equivocación "en el sentido de que la venida del Señor está cerca" (2 Ts. 2:1,2). Antes que venga el Señor es necesario que ocurran algunas señales (2:3-9). Además esta era una enseñanza que él ya les había dado (2:5).

Vemos, por estos dos pasajes, que aunque la esperanza de Pablo era vivir la venida del Señor no estaba seguro de cuándo sucedería. Debemos, pues, vivir sobriamente y velando porque el Señor vendrá como ladrón. No debemos tener una idea equivocada de que esta tenga necesariamente que ser pronto.

Lo mismo se puede apuntar en referencia al pasaje en 1 Corintios 15:51,52. Aunque San Pablo dice "nosotros", no se puede citar este dicho como testimonio de que defendía la doctrina de que él y los hermanos de Corinto, a los que estaba escribiendo, vivirían en el tiempo de la parusía.

Según Meinertz, los cristianos vivían esperando y anhelando ver lo más pronto la parusía y por eso dice en referencia al texto de 1 Tesalonicenses y 1 Corintios lo siguiente:

> Encaja, pues, plenamente dentro de este marco el que San Pablo, en la explicación escatológica que da 1 Ts. 4:13ss. se incluya a sí mismo - con toda naturalidad - entre el número de los que todavía vivan cuando se produzca la parusía. Dice por dos ve-

ces : "Nosotros los vivos, los que quedamos para la parusía del Señor" (4:15,17).
De igual modo se dice en 1 Corintios 15:51,52: "No todos moriremos, pero todos seremos transformados". Naturalmente, aquí no se expresa tajantemente el juicio de que San Pablo, cuando llegue la parusía, haya de encontrarse aun entre los vivos. Sino que, sencillamente, el apóstol se identifica con los cristianos a quienes dirige la palabra, y forma con ellos un grupo que contrasta con los cristianos que ya han muerto.[1]

"La Palabra del Señor" por él (Pablo), transmitida en 1 Ts. 4:15, se refiere, en primer lugar, sólo a que en la Parusía, los supervivientes no tendrán ventaja alguna con respecto a los "dormidos". Por ello, su opinión personal no tiene en esta cuestión un valor dogmático. En el fondo, la actitud de San Pablo y la de la iglesia primitiva fue siempre la misma y pudiera describirla aproximadamente en las palabras de 1 Ts. 5:1-11: se aguarda una aparición repentina del día del Señor, y hay que prepararse para ese día viviendo recta y sobriamente. En este día es esperado ardientemente, pero no se tiene ante los ojos un término fijo.[2]

En su segunda epístola el apóstol San Pedro escribe a causa de las personas que se burlan de los cristianos por lo que ellos creen que es una tardanza de la promesa. San Pedro apunta dos aspectos que hay que tener en cuenta.

Primero, que nuestro modo de ver el tiempo no es igual al modo de Dios. "Para el Señor un día es como mil años y mil años como un día". (3:8). O sea que esta tardanza es sólo desde nuestro limitado punto de vista. No lo ve así Dios. Segundo, que lo que tenemos por tardanza no es sino prueba del amor de Dios. "El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, **sino** que todos procedan al arrepentimiento" (3:9).

---

[1] Op. cit., p. 472.

[2] Johannes Feiner, J. Triestech, B. Franz, Panorama de Teología Actual, p. 216.

El apóstol recalca lo que sabemos de la venida: que será inesperada, ". . . como ladrón en la noche". Por lo tanto, debemos ser pacientes y esperar, pero debemos vivir de manera que seamos "hallados por él sin mancha e irreprensibles en paz" (3:14).

> Los defensores del escatologismo consecuente se encuentran, por lo tanto, en un error capital al atribuir a San Pablo la doctrina de que la vuelta de Cristo era inminente y él supone que la abandonó al darse cuenta de su engaño.[1]

Si se quiere pensar en un cambio de pensamiento en San Pablo, en relación a la parusía, debemos limitarnos a que él haya adquirido una mayor certeza a que moriría antes de la parusía. Sin embargo, la esperanza de la parusía siempre estaba en su mente. Podemos encontrar esta esperanza en sus escritos tardíos (1 Ts. 2:14; 2 Ti. 1:18; 4:1,8= Tit. 2:13).

En los demás escritos del Nuevo Testamento también encontramos presente la misma viva expectación (He. 10:25,37; 1 Jn. 2:28; Apoc. 1:3; 3:11; 22:7,12,20).

Podemos concluir así: Primero, que la esperanza de la parusía se encuentra latente a través de todos los escritos del NT. Tanto en los Evangelios como en las Epístolas y en el Apocalipsis encontramos que los cristianos esperaban la venida del Señor. Segundo, en cuanto a cuándo sucederá esa venida encontramos una tensión: por un lado, la parusía presenta un aspecto de inminencia; pero, por el otro lado, se enseña claramente que el día y la hora son desconocidos.

---

[1]Michael Schmaus, Teología Dogmática, III, p. 164.

> La meta de todo acontecimiento es el reino de Dios en su consumación, el cual se hará realidad con la parusía del Hijo del Hombre. Por eso, la actitud de Jesús con respecto a cuando tendrá lugar ese gran día, no se puede expresar en una sencilla frase, ya que Jesús, por un lado, rechaza todo cómputo (Lc. 17:20ss.) y acentúa que el misterio de ese día se halla oculto en el decreto divino (Mc. 13:32).[1]

Tercero, hay pasajes que presentan dificultades para la exégesis, especialmente Mt. 10:23, pero estos son relativamente pocos. Estos pasajes deben estudiarse a la luz de todo el contexto de la luz de todo el contexto de la enseñanza. Cuarto, la enseñanza que encontramos con más claridad es que no se sabe el día ni la hora. La Biblia nos da también una actitud: Velad, porque no sabéis cuándo será ese día. Tenemos una certeza: el Señor vendrá. Debemos tener una actitud de expectación, esta debe estar presente en todas las generaciones, y estar preparados. Nuestra oración debe ser: ¡Ven Señor Jesús! Quinto, no se encuentra en el NT una enseñanza central acerca de la <u>parusía</u> que pueda apoyar las presuposiciones de Schweitzer y Bultmann: en cuanto a que Jesús y sus discípulos esperaban la irrupción del Reino en una manera tal que cualquier otra alternativa significaba un error. Que el hecho de que no ocurriera la <u>parusía</u> tal como la esperaban Jesús y sus discípulos transformó la persona de Jesús y de sus discípulos y provocó la creación de una comunidad que Jesús no previó: la iglesia.

---

[1] Meinertz, <u>op</u>. <u>cit</u>., p. 54.

CAPITULO III

ACTITUD DE LA IGLESIA PRIMITIVA HACIA LA PARUSIA

Según hemos podido estudiar en los pasajes citados en el capítulo anterior la parusía era una espera que estaba latente en la vida de la primitiva iglesia. Los cristianos esperaban anhelantes la llegada de la parusía. En este capítulo estudiaremos cuál era la actitud de la iglesia primitiva ante la parusía.

Tesalónica, actitud equivocada

En 2 Tes. 2:1-3, encontramos que la iglesia de Tesalónica andaba exaltada con la esperanza de la parusía. Los fieles de dicha iglesia creían que la parusía ocurriría en un tiempo muy cercano. Pablo se ve en la necesidad de escribirles para decirles que estaban errados y que debían buscar la actitud correcta..

> Escribe a los Tesalonicenses, que andaban alborotados, con la expectación del último día: Os rogamos, hermanos, por lo que atañe al advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, que no os dejéis tan pronto impresionar, abandonando nuestro sentir, ni os alarméis, ni por espíritu, ni por dicho, ni por carta, cual si fuera de nosotros, como que está inminente el día del Señor. Que nadie engañe de ninguna manera; porque si primero no viniere la apostasía y se manifestare el hombre de pecado . . . no vendrá el día del Señor (2 Tes. 2:1-3). Largo lo fiaba a los Tesalonicenses y más largo aún a los Romanos, cuando les anunciaba la conversión final de los judíos, que no ocurriría "hasta que la totalidad de las naciones haya entrado en la Iglesia" (Rom. 11:25). Siglos habían de pasar antes de que se pudiera realizar estos acontecimientos.[1]

Este caso, según como interpretan algunos la enseñanza de la pa-

[1] J.M. Bover, Teología de San Pablo, p. 802.

rusía, debió ser prototipo de la actitud de todas las iglesias. Pero sucede todo lo contrario. La actitud de la iglesia de Tesalonicenses es la actitud extraña y a juzgar por lo que Pablo les escribe es una actitud equivocada.

Vida de Cristo como base de la esperanza en la parusía

La teoría de que el no cumplimiento de la inminente venida del Señor hizo que se formara el kerygma neotestamentario y dio origen al nacimiento de la iglesia primitiva, está en contraposición al proceso presentado por el NT y aún a lo que se puede aceptar por la lógica.

¿Cómo es posible, que basados en una esperanza que Cristo mismo no predicó, la iglesia primitiva haya podido crear toda una doctrina de la tardanza de la parusía? Es más lógico pensar que el hecho histórico como tal, al que Bultmann le quita la importancia que pueda tener como manifestación del poder de Dios, haya sido la base para el surgimiento de la esperanza de la parusía. Tuvo que haber una iglesia creada por alguien y por alguna verdad, antes de que pudiera crear una teología de alta Cristología. La certeza de que el kerygma estaba basado en un hecho histórico es lo que puede haber dado fuerzas a la iglesia para continuar con la esperanza misma. Vemos en el libro de los Hechos que la iglesia no sólo continuó con su esperanza sino que inició prontamente el trabajo de cumplir la misión de predicar.

Los Hechos de los apóstoles y las epístolas paulinas manifiestan una evolución rápida de la comunidad cristiana tanto en organización como en las orientaciones de su pensamiento. Se puede lla-

mar arcaísmo evangélico al hecho de que escritos posteriores a las cartas de San Pablo no tengan, sin embargo, en cuenta la evolución verificada a partir del año 50.[1]

La fe proclamada por la primitiva iglesia se basaba en hechos, el anuncio de las maravillas hechas por Dios en Jesucristo que eran la base sobre la que los nuevos creyentes erigían su fe.

El teólogo evangélico Cullmann (O. Cullmann, Christus und die Zeit (Zollikon-Zurich, 1948), hace observar que la doctrina de la muerte y de la resurrección de Cristo no fue consecuencia de la incumplida espera en la parusía, sino que perteneció a priori a la sustancia de la revelación neotestamentaria. Esta doctrina no es consecuencia, sino fundamento de la esperanza en la parusía. En los evangelios se atestigua que ya ha ocurrido lo decisivo: Cristo vió a Satanás caer del cielo como un rayo (Lc. 10,18). Ocurrió ya lo que narran los evangelios: "Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados" (Mt. 11,15). Los pecados son perdonados, Satanás es expulsado.[2]

La resurrección es el núcleo de la fe cristiana y la mirada creyente tiene que volverse continuamente al pasado hacia ella. También se espera algo: la segunda venida de Cristo. Pero la mirada del cristiano no se dirige sólo al futuro. Sólo la mirada del judío creyente tiene esa dirección exclusiva. Vive únicamente de la promesa de Dios y no de su cumplimiento. El cristiano, en cambio, vive a la vez del cumplimiento y de la promesa, de la promesa porque viene del cumplimiento. La resurrección del Señor es para él la garantía del último cumplimiento. Por importante que sea para él la vuelta de Cristo, que es el cumplimiento último, se mantiene en la fe en la resurrección. La vuelta es la consecuencia de la resurrección, y no puede caber duda de que ocurrirá. Sólo es cuestión de tiempo.[3]

Para probar la importancia que tenía el kerygma neotestamentario, y en contra de la prioridad que da Bultmann al hecho subjetivo, que piensa que no tiene que ser necesario basarlo en el hecho histórico u objetivo,

---

[1] A. Robert y A. Feuillet, Introducción a la Biblia, II, p. 307.

[2] Schmaus, op. cit., VII, p. 148.

[3] Ibid., p. 149.

Vögtle expone los siguientes puntos:

> a) el valor y el significado de testigos que los primeros predicadores de Cristo se han atribuido; esto presupone una historia personalmente vivida; b) el vigor atribuido a la prueba de que el evento de Cristo es realización de la expectativa-históricamente comprobable a su vez- contenida en la profecía del Antiguo Testamento y de que es elevada, debido a eso, sobre las otras historias profanas, como historia de salvación; c) el hecho de que el anuncio de los apóstoles y del cristianismo primitivo contiene una historia concisa de Jesús en cuanto a Cristo.[1]

Formación del NT.

Para que haya habido tiempo para una transformación total de la cristología y su enseñanza y para la formación del mito, debe haber pasado un período de tiempo considerable entre la muerte de Jesús y la formación del NT. Contra esto hay muchas pruebas que sostienen una fecha temprana para la formación de los escritos del NT. "Entre la muerte de Cristo y la composición de los Evangelios no había realmente tiempo para el desarrollo del mito".[2] Tampoco lo había para un cambio radical en la evolución de la persona de Jesús.

Si el NT hubiera sido escrito en una fecha tardía lo más probable es que se hubiera incurrido en anacronismos. Pero vemos que en el NT esto no sucede. En lugar de atacarse los pequeños detalles se ataca la conservación del total de la enseñanza. Sabemos que es más fácil incurrir en errores en cuanto a los detalles que en cuanto a la conservación de una uni-

---

[1] A. Vögtle, Revelación y Mito, p. 173.

[2] B. Orchard, E.F. Sutcliffe, C. Fuller, Verbum Dei, III, p. 84.

dad de pensamiento.

El cuadro en que vivió Jesús es eminentemente histórico. Los textos no lo sitúan en un tiempo legendario, en los horizontes de un pasado nebuloso, como hacen las tradiciones referentes a Orfeo, Osiris o Mitra. El Imperio Romano del siglo primero nos es conocido con notable precisión.[1]

Un buen número de los personajes que son citados en el NT es citado por otros documentos. Las costumbres narradas en el NT corresponden a las del primer siglo cristiano.

Más todavía; un grandísimo número de personajes que aparecen en los relatos referentes a Jesús, son iluminados por otros documentos históricos, por ejemplo, los que cita San Lucas en el capítulo III de su Evangelio: Tiberio, César, Poncio Pilato, Herodes Filipo, los Sumos Sacerdotes Anás y Caifás y Juan el Bautista, cuyo apostolado y cuya muerte refiere Flavio Josefo, Y no es todo; las costumbres, los hábitos, todo ese conjunto de rutinas que tan bien data en el tiempo una existencia humana, fueron, por lo que a El respecta, exactamente semejantes a los que podemos observar estudiando a sus contemporáneos palestinos.[2]

Encontramos también testimonios en escritores cristianos del siglo I y II que citan los escritos del NT. Hay citas en los "padres de la Iglesia" que prueban que dichos escritos eran ya reconocidos como inspirados.[3] El obispo Papías de Hierápolis en Frigia (hacia 130) conoce Mateo y Marcos y nos da las más antiguas noticias sobre su origen. También conoció a Juan. Justino Mártir conoce los cuatro evangelios (más o menos 165).[4]

---

[1]Daniel Rops, Jesús en su Tiempo, pp. 9s.

[2]Ibid., p. 10.

[3]Ernesto Trenchard, Introducción al Estudio de los Cuatro Evangelios, p. 27.

[4]Alfred Wikenhauser, Introducción al Nuevo Testamento, p. 4.

Tenemos también el testimonio de los manuscritos de Juan (que se citan como entre los escritos más tardíos). En Egipto se encontró un manuscrito (El Papiro 52) propagado podo después del año 100. Por lo que se deduce que debió ser escrito bastantes años antes para que pudiera estar en Egipto en dicha fecha.[1] En la Biblioteca John Rylands, en Manchester, Inglaterra, se guarda un fragmento del capítulo 18 de San Juan, que según el criterio de los paleógrafos, pertenece a la primera mitad del siglo II.[2]

En consecuencia, si documentos tan antiguos y fidedignos como estos, testifican de la persona y hechos de Jesús como realmente históricos, toda posible invención queda descartada. Lucas nos habla de la existencia del material escrito que él usó, que desde luego es anterior a su Evangelio. La tradición oral, en donde se tomó la mayoría del material, se desarrolló en moldes fijos y gran parte de los testimonios fueron testigos oculares de la vida de Cristo. Además, sabemos que la iglesia pronto tuvo sus líderes que se encargaron de proteger la sana doctrina.[3]

San Pablo basa su predicación y su apostolado en el hecho histórico de la vida de Jesús narrado en las Santas Escrituras (Ro. 1:1-4). En la Epístola a los Romanos capítulo 5, San Pablo pone en claro dos cosas: 1) Jesús fue un hombre (5:15); 2) en este hombre se manifestó la gracia de Dios (5:17-21). En 1 Corintios San Pablo hace énfasis en que su predicación fue Cristo, y este crucificado (2:2). El apóstol más adelante mencio-

---

[1] Wikenhauser, op. cit., p. 41.

[2] Trenchard, op. cit., p. 26.

[3] Ibid., p. 19.

na el hecho de ser testigo del Resucitado: "¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?" (9:1).

San Pablo hace una síntesis de su enseñanza que recibió por revelación personal, según Gá. 1:12. Estos son los puntos: Cristo murió, como había sido anunciado; resucitó y apareció en diferentes ocasiones, a diferentes personas, incluso a San Pablo mismo (1 Cor. 15:3-9).

San Pedro como título que le confiere autoridad se autodenomina "apóstol de Jesucristo" (1 P. 1:1). Somos nacidos a vida por la resurrección de Jesucristo (1 P. 1:3). San Pedro recalca el valor del hecho histórico del cual él es testigo (2 P. 1:16): "Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su maestad", en contra de los que creían que era una fábula. Es más, él y otros oyeron una voz del cielo que decía "Este es mi Hijo amado" (2 P. 1:17s.)*

En su primera Epístola San Juan recalca su autoridad de testigo. No predica algo inventado, predica lo que ha visto y oído y aún más, lo que palparon sus manos (1 Jn. 1:1-3). ¿Quién es el mentiroso? "El que niega que Jesús es el Cristo" (1 Jn. 2:22).

Lugar de la parusía en el kerygma

Aunque la <u>parusía</u> era la esperanza que estaba siempre presente, ella

---

* A pesar de los contundentes argumentos, especialmente de parte de la moderna crítica protestante, en contra de la autenticidad de esta segunda carta, es muy probable que en los pasajes citados tengamos la propia mano de Pedro.

no ocupaba la parte central de la predicación, según lo muestran las epístolas. La parusía era algo que se daba por sentado. Su esperanza no necesitaba explicación, era un hecho. Los últimos tiempos han llegado, ya ha habido prueba de eso; al final el Señor vendrá.

Si no es ésta la actitud que la iglesia tenía ante la parusía en vez de considerarla como la base de todo, ¿cómo se explica que los apóstoles no hayan dedicado la mayor parte, o, por lo menos el inicio de sus enseñanzas a explicar el por qué no había sucedido el cumplimiento, tal como era esperado? ¿Por qué no harían una revisión de los conceptos que, como hemos visto, fueron escritos en una fecha temprana? ¿Cómo pudo salvarse un escollo tan grande sin dejar huellas profundas en el NT, que revelen el desarrollo de ese proceso? Además, ¿cómo podríamos saber, cuándo nació el kerygma? y ¿cuál fue su verdadero origen?

Jesús o la iglesia primitiva

Es muy difícil sostener una teoría basada en presuposiciones a priori introducidas en el NT. ¿Cómo podemos estar seguros que lo que nosotros creemos es realmente lo que sucedió? Porque hay un testigo de las cosas que sucedieron en esa época: el NT. Si no creemos a este testigo, tal como se nos presenta, que podremos creer? y ¿qué tendremos como cierto para creer? ¿En qué se basa Bultmann para creer a San Pablo y no creer a Cristo? Razón se ha tenido al afirmar que el método de Bultmann es puro esceptisismo.

Incluso algunos teólogos protestantes no han encontrado bien que Bultmann, o para justificar la propia teología existencialista, citase casi exclusivamente a San Pablo y a San Juan, habiendo descubierto en ellos una nueva "autocomprensión" de la fe hecha posible y desarrollada por el kerygma, y olvidase, en cambio, los otros textos del Nuevo Testamento,

no citando para nada los evangelios sinópticos, que muestran particularmente cuán importante fue para el cristianismo primitivo, el kerygma del Jesús terreno.[1]

Lo mismo podemos apuntar del escatologismo consecuente que toma en cuenta unos pocos pasajes que hablan de la segunda venida y se olvida según su conveniencia, de la enseñanza que se encuentra en el contexto del NT, aún más, de los Sinópticos mismos.

Al quitar de Jesús todo lo sobrenatural que lo hace ser el objeto de la fe, se le está dando a la iglesia primitiva gran capacidad creadora y también una fortaleza inusitada que le hizo ser origen de un movimiento tan grande.

Un grave defecto del método historicoformal, tal como es manejado por muchos de sus cultivadores (particulamente por Bultmann y Bertram, y menos radicalmente por Dibelius), consiste en que atribuyen a la primera comunidad cristiana una verdadera fuerza creadora al afirmar que ha inventado diversos fragmentos de la tradición sinóptica o, por lo menos, que tomó prestados del judaísmo y, sobre todo, del helenismo motivos que ella configuró (Part. historias de milagros, cuentos, leyendas).[2]

Podemos concluir, que aunque en la iglesia estaba presente la esperanza de la parusía, el no cumplimiento inmediato de ella no fue capaz de defraudarla. Esta esperanza siguió presente en ella. Aunque poco a poco, los primeros cristianos se dieron cuenta de que era posible que no sucediera en su generación. La preocupación más grande era predicar. Este era el tiempo

---

[1]Vögtle, op. cit., p. 150.

[2]Wikenhauser, op. cit., p. 210s.

de la gracia para ellos y les era necesario trabajar, pues estaban seguros que el Señor vendría. Si en algún momento se sintieron defraudados, pronto comprendieron que su actitud en cuanto a la esperanza no era la verdadera. "Por de pronto podemos afirmar que la iglesia primitiva, y tras ella la iglesia antigua, aún en el caso de que atravesaran por serias dificultades respecto a la expectación inmediata, no por ello fracasaron ante estas dificultades".[1]

> Así se aclara perfectamente la fundamental actitud escatológica del primitivo cristianismo, que señala la dirección a seguir por todas las generaciones cristianas: juzgar con clara mirada, desde la perspectiva de la historia redentora, cada situación del mundo, esperar con ardiente deseo la venida del Señor, pero sufrir animosa y serenamente las miserias y pruebas del eón presente.[2]

Así, la primitiva iglesia pudo mantener una actitud positiva porque tenía como base el hecho histórico de la vida de Cristo.

La fecha temprana en que fue escrito el NT., según lo prueban el hecho de no incurrir en anacronismos, el cuadro de vida, eminentemente histórico que señala, y el hecho de que los escritos del NT fueron citados por los padres de la Iglesia, nos da la certeza de que no hubo oportunidad para que se creara el mito y se diera una transformación sustancial de la vida y obra de Jesús.

Los teólogos estudiados erigen una iglesia primitiva de gran capacidad creadora y le atribuyen una fortaleza inusitada que le permitió dar

---

[1] Johannes Feiner, op. cit., p. 216.

[2] Ibid., p. 218.

auge a un movimiento tan grande como el cristianismo. Pero argumentos anteriores nos prueban que fue al contrario; que un Jesús poderoso y real fue el impulsor que movió a la primitiva iglesia a mantenerse en la fe, escribir lo que vieran y oyeran y continuar con la predicación de Jesús y su obra salvífica.

CONCLUSIÓN

En síntesis las tesis de Schweitzer y de Bultmann, con las cuales comenzamos, nos dicen lo siguiente: Jesús y los discípulos esperaron la venida inminente del reino, en su propia generación. Jesús predicó esa venida y la preparación para recibir el Reino. El no era más que un hombre imbuido de las ideas apocalípticas de los judíos. Los discípulos mantuvieron las mismas esperanzas de Jesús. El no cumplimiento de la parusía, tal como lo esperaban ellos, hizo necesaria una revisión de principios. De esta revisión surgió la enseñanza del NT, con todas las nuevas ideas referentes a la concepción de la parusía. El Jesucristo que presenta el NT no es el Jesús histórico. Su persona ha sido completamente cambiada, según Bultmann, por el mito, de influencia helenista y judía.

No podemos conocer al Jesús histórico, dice Schweitzer, La concepción del mundo, del hombre y de la historia del NT, es una concepción mitológica, que es necesario adaptar al hombre de hoy. Tanto Schweitzer como Bultmann, le dan la importancia mayor a la enseñanza global que contiene el NT. Por esto, el hecho histórico de Cristo pasa a ser algo secundario.

Porque estas hipótesis nacen de la esperanza que Cristo y sus discípulos tenían, de la venida inminente del Reino, hemos estudiado en el segundo capítulo lo que nos enseña el NT acerca del día de la venida del Reino.

En el NT se encuentra latente la esperanza de la parusía. En cuanto a cuándo sucederá tenemos una tensión: por un lado, la parusía presenta un aspecto de inminencia; por el otro, se enseña claramente que el día y la hora son desconocidas. Hay pasajes que se prestan para confusión, pasa-

jes que parecen enseñar que la parusía sería en la generación del Señor. Para estos pasajes no podemos encontrar una solución exegética única y definitiva. Sin embargo, estos pasajes deben ser vistos en el contexto de la enseñanza total del NT. El núcleo de la enseñanza es que no se sabe el día ni la hora de la venida del Señor; por lo tanto, hay que estar preparados. El día del Señor vendrá como ladrón en la noche. El Señor nos insta a velar. No encontramos en el NT una determinación para el día de la parusía. Podía ser en la generación del Señor; pero esto no era algo seguro. Sólo el Padre lo sabe. No hay pues en el NT una enseñanza que dé base a las hipótesis de los pensadores antes apuntados.

En el tercer capítulo hemos tratado de estudiar cuál fue la actitud de la iglesia primitiva ante la parusía. No vemos en el NT, ni en ningún otro documento, que la iglesia primitiva tuviera una actitud equívocada ante la parusía. Hay un sólo caso que presenta una actitud que concuerda con las hipótesis de la espera escatológica inminente, el caso de la iglesia en Tesalónica. Pero muchos otros pasajes prueban que éste caso extraño no sirvió de pauta para la actitud de la iglesia en general.

Tanto Schweitzer como Bultmann piensan que la tardanza de la parusía produjo todo lo poderoso y sobrenatural del NT. Pero el NT presenta, por el contrario, a Cristo mismo como el Mesías, del cual los primeros cristianos obtuvieron fuerza para seguir adelante a pesar de que el Reino no vino inmediatamente. La certeza de que Jesús era el Cristo, de lo cual él había dado pruebas, dio a la primitiva iglesia el impulso para seguir adelante.

Esta actitud creadora la vemos en la formación temprana de los escri-

tos del NT y, aun más, en la formación de comunidades cristianas. Hay muchas pruebas que hablan de una composición temprana del NT. Los apóstoles basan su autoridad en el hecho de ser testigos. La fuerza de la predicación de los apóstoles está en que Cristo vivió una vida de poder divino y ellos la presenciaron.

Por otro lado, vemos qué la parusía no era el centro de la predicación de los apóstoles. Esto pueden explicarse porque la parusía no necesita la explicación; era algo que se daba por sentado.

En la posición de Bultmann y Schweitzer, de rechazar algunos pasajes del NT y dar crédito a otros, se da a la primitiva iglesia una gran capacidad creadora y una gran fortaleza que le permitió dar origen a un movimiento tan grande como el cristianismo, o sea que se opta por el poder de la primitiva iglesia en lugar del poder de Jesucristo.

No hay testimonio que afirme la tesis de Schweitzer y Bultmann en una forma definitiva. Solamente hay pasajes aislados, que no tienen fuerza probativa.

El NT nos presenta una esperanza: El Señor vendrá otra vez. Nos da también una actitud a seguir: viendo lo pasado, esperar la venida del Señor, mientras se vive esta vida con ánimo y con serenidad: preparados para el día en que El venga.

BIBLIOGRAFIA

Bonsirven, José. Teología del Nuevo Testamento. Traducido por Fr. Arturo de Sesma, Editorial Líturgica Española, S, A., Barcelona, 1961, 576 pp.

Bover, José M. Teología de San Pablo. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1961. 350 pp.

Bultmann, Rudolf. Jesús Christ and Mythology. (traductor no mencionado), London: SCM Press Ltd., 1964. 96 pp.

Bultmann, Rudolf. Theology of the New Testament, Tomo I (translated by Kendrick Grobel), London: SCM Press Ltd., 1958. 395 pp.

Conner, W.T. La Fe del Nuevo Testamento. El Paso, Texas; Casa Bautista, 1951. 576 pp.

Cullmann, Oscar. Cristología del Nuevo Testamento. (traducido por Carlos T. Gattinoni), Buenos Aires: Methopress, 1965. 389 pp.

Davidson, F., Stibbs M. A., Kevan, E.F. The New Bible Commentary. Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1956. 1199 pp.

De Ausejo, Serafín. Diccionario de la Biblia. Barcelona: Editorial Herder, 1963. 1113 pp.

Feiner, J., Trustsch, J., Bockle, F. Panorama de Teología Actual. (Traducido por Andrés Pedro Sánchez-Pascual) Madrid: Ediciones Guadarrama, 1961, 807 pp.

Guingnebert, Ch. Jesus. (Traducido por Aurelio Garzón del Camino) México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1961. 495 pp.

Kittel, Gerhard, Theological Dictionary of the New Testament, Vol. IV, (Traducido por Geoffrey Wm. Bromiley) W.M.B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, 1968. 1126 pp.

Kümmel, W.G. Promise and Fulfilment. (Translated by Dorothea M. Barton), London: SCM Press Ltd., 1957. 168 pp.

Lagrange, José Ma. El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. (Traducido por Elias G. Fierro), Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1942. 544 pp.

Léon-Dufour, Xavier. Vocabulario de Teología Bíblica. (Versión de Alejandro Ros y otros) Barcelona: Editorial Herder, 1965. 678 pp.

Marshall, I.H. Eschatology and the Parables. London: The Tyndale Press, 1963, 47 pp.

Meinertz, Max. Teología del Nuevo Testamento. (Traducido por Constantino Ruiz Garrido) Madrid: Ediciones Fax, 1963. 655 pp.

Orchard, et al. Verbum Dei. Comentario de la Sagrada Escritura. Barcelona: Editorial Herder, 1957. 4 tomos, 786 pp.

Rops, Daniel. Jesús en Su Tiempo. (Traducido por Luis Horno Liria) Barcelona: Luis de Caralt, 1956. 570 pp.

Robert, A. y Feuillet A. Introducción a la Biblia. (Versión de Alejandro Ros y otros) Barcelona: Editorial Herder, 1965. 831 pp. Tomo II.

Schmaus, Michael. Teología Dogmática. (Traducido por Lucio García Ortega y Raimundo Drudis Baldrich) Madrid: Ediciones Rialp, S. A., 1962. Tomo VII, 472 pp.

Schweitzer, Albert. Mi Vida y Mi Pensamiento. (Traducido por Horacio A. Maniglia) Buenos Aires: Librería Hachette, S. A., 1962 233 pp.

Schweitzer, Albert. The Quest of the Historical Jesus. (Translated by W. Montgomery) London: Adam & Charles Black, 1963. 410 pp.

Trenchard, Ernesto. Introducción al Estudio de los Cuatro Evangelios. Inglaterra: Literatura Bíblica, 1961. 395 pp.

Vögtle, Anton. Revelación y Mito. (Traducido por Joaquín Blázquez), Barcelona: Editorial Herder, 1965. 203 pp.

Weiss, Johannes. The History of Primitive Christianity, Tomo I, (Translated by Four Friends) New York: Wilson Erickson, 1937. 877 pp.

Wikenhauser, Alfred. Introducción al Nuevo Testamento. (Traducido por Daniel Ruiz Bueno) Barcelona: Editorial Herder, 1960. 419 pp.